



La belleza plástica en la composición de sus escenas fue la nota destacada en la representación que el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica hizo de "El Diálogo de las Carmelitas".

20 Oct. 1959

## CRITICA TEATRAL

### "EL DIALOGO DE LAS CARMELITAS"

**G**EORGES Bernanos, católico ferviente, se vale de un hecho histórico, cual es la condena durante la Revolución Francesa de un grupo de religiosas carmelitas por pretendidas actividades subversivas, para desarrollar dramáticamente una de las ideas fundamentales del catolicismo: la redención a través de la muerte.

Desde el principio del drama se hacen presentes el sentimiento y el concepto de la muerte: las carmelitas están condenadas a morir en un mundo súbitamente presa de odio y agitación. Blanca de la Force llega al convento "porque teme a la vida". La madre priora no consigue, en sus postreros momentos, la muerte que anheló. La idea del martirio tienta a las religiosas. Sor Constanza no teme a la muerte porque ama la vida, y, al final, todas tendrán su martirio, excepto la madre María de la Encarnación, que tanto lo deseó. Pero Bernanos, hombre de fe, no mira la muerte ni como un castigo ni como un mal. Para él, se trata del tránsito supremo, la hora decisiva para la cual todos se preparan; y, en torno de la idea de la muerte, de su misterio y su significado divino, ahonda en parlamentos plenos de sugerencias conceptuales.

"El Diálogo de las Carmelitas" es una obra religiosa. Su contenido alcanzará a quienes estén familiarizados con la ideología católica, y dejará indiferentes a quienes no lo estén. El mérito del drama reside, pues, en esta carga ideológica, en la belleza con que están expresados gran parte de los pensamientos del autor, en la nobleza de su tema. No es de extrañar, entonces, que esta obra dramática tenga encendidos partidarios, a la vez que otros le resten valor. Para apreciarla se requiere compartir la posición católica del autor, o, al menos, estar compenetrados de algunos de los conceptos básicos del catolicismo.

Si se despoja a "El Diálogo de las Carmelitas" de su interés ideológico y se la juzga como la dramatización de una anécdota histórica, habría que reparar su acción fragmentada (Bernanos no escribió una obra de teatro, sino el diálogo de un guión cinematográfico), el estaticismo de gran parte de sus escenas y la ausencia de una motivación clara en el desenlace del drama interior de la protagonista, Blanca de la Force.

La representación del Teatro de Ensayo se caracterizó por la tendencia de dar preeminencia a los aspectos plásticos. De este modo se obtuvieron cuadros de una marcada belleza, contándose siempre con una iluminación de extraordinaria calidad. Sin embargo, este buscado y conseguido esteticismo escénico, junto con hacer resaltar la nobleza del drama, le restó emoción. En la persecución de la belleza plástica se rompió el ritmo creciente de la obra, no lográndose llegar al clímax dramático que la acción exigía. Lo más destacado de la representación del Teatro de Ensayo fue la escenografía e iluminación de Bernardo Trumper. Pero cuando elementos escenográficos y lumotécnicos logran imponerse en esa forma, necesariamente opacan lo fundamental, que es el texto.

"El Diálogo de las Carmelitas" exige un tipo de intérpretes difícil de encontrar en nuestro movimiento escénico, intérpretes que sean capaces de hacer brillar las palabras, sin ocultar su contenido. Las actrices del Teatro de Ensayo —en quienes recae casi todo el peso de la obra— supieron en su mayoría resistir a la tentación de recitar sus parlamentos y trataron de comunicar, con simplicidad, los valores conceptuales de ellos. Ana González y Silvia Piñeiro fueron las más exitosas. Ana González mostró autoridad y emoción; Silvia Piñeiro, fortaleza y sencillez. Carla Cristi completa el cuadro de las actrices destacadas, representando a Sor Constanza. Es, sin duda, el papel mejor logrado de la difícil obra, pero hay que reconocer también que es el que menos dificultad tiene en su interpretación, por tratarse de una personalidad destinada a dar el contraste, propicio para el lucimiento de la actriz que lo interpreta.

Correspondió a Anamaría Vergara interpretar a Blanca de la Force, cuyo dilema íntimo es la columna vertebral del drama. Pocas veces es dado ver en nuestros escenarios una joven actriz en quien se advierte tanta personalidad, temperamento, hermosura escénica. Pero estas cualidades se encuentran en estado casi virginal. Requiere Anamaría Vergara dominio técnico de sus movimientos, impostación de su voz, control de sus gestos; en fin, todo aquello que convierte a un temperamento pródigo en una actriz. La ausencia de este dominio técnico debilitó el tratamiento de su papel y con ello mermó la eficacia dramática de la obra.

SERGIO VODANOVIC